

todo el misterio. La habia firmado, cediendo á las fuertes instancias del cardenal de Noailles y del arzobispo de Tours; pero antes hizo que se variasen muchas cláusulas. «La razon que me detenia (dice) era el parecerme sospechoso el uso que se queria hacer de esta carta. Con esta desconfianza, aseguré á los refractarios que yo no necesitaba esplicaciones, y que en caso de pedir las seria para ellos solos. Les declaré que si en su carta se hubiera tratado de restricciones, modificaciones ó declaraciones de un sentido fijo, nunca la habie a firmado. Quise que la cláusula preliminar de mi firma fuese que persistia invariablemente en mi primera aceptacion. En fin, despues me quejé de que faltando á la palabra dada, se hubiesen atrevido á imprimir la carta con aquellas mismas expresiones que habia yo solicitado y conseguido que se suprimiesen.»

Habiendo escrito al obispo de Agde un prelado refractario, preguntándole si queria declarar que solo habia recibido la bula *relativamente* á estas esplicaciones, respondió que no sabiendo el sentido que se daba á esta expresion, ni el uso que se queria hacer de ella, nada tenia que declarar sobre este punto de palabra ni por escrito. En efecto, tomada esta palabra en general, era verdaderamente equívoca, pues podia significar una relacion natural y necesaria entre la bula y su esplicacion, ó una esplicacion condicional y aun restrictiva. El obispo refractario conocia muy bien al de Agde, y así no se atrevió á hablarle de aceptacion restrictiva ó condicional: por lo que usaba del término general de relacion, para sorprenderle por medio del equívoco. Pero el obispo de Agde, que era muy perspicáz, vió que consiguiendo que firmasen diez y ocho obispos la carta dispuesta en la apariencia para el Papa, y solicitando despues que otros prelados se declarasen á favor de la aceptacion *relativa*, se intentaba hacer una sola obra con estos dos escritos, para dar á entender que los aceptantes habian juzgado

necesario explicar las supuestas oscuridades de la constitucion, y que solo habian recibido la bula *relativamente* al sentido que habian supuesto. Tal es el objeto y el éxito fatal de todos esos tratados de conciliacion propuestos por los novadores.

Tambien querian hacer creer con esta ocasion, que el número de sus partidarios se habia aumentado considerablemente en el episcopado; pero fueron desmentidos por los mismos obispos, de quienes vociferaban que los habian atraido á su modo de pensar; pues unos se indignaban de que hubiesen sorprendido su candor, otros protestaban que se habian falsificado sus firmas, y todos afirmaban que en nada habian pretendido derogar á su primera aceptacion. Con todo eso no se contuvieron los impostores, antes bien supusieron haberse aumentado hasta treinta el número de los diez y ocho obispos, asegurando que todos ellos se habian declarado á favor de la aceptacion relativa. No se presentaba ni un solo ejemplar de esta supuesta declaracion de los treinta obispos, ni habia un solo obispo aceptante que confesase haberla firmado, ó tener noticia de ella. Sin embargo, como se dijo y repitió con tanto teson el nombre de treinta obispos, hubo muchas personas que, alucinadas al ver un tono tan decisivo, colocaron esta ficcion en la clase de los hechos indisputables.

Informado Clemente XI de una trama tan odiosa y tan visiblemente urdida para eternizar el error, hubiera querido manifestar su descontento de un modo que quedasen desbaratadas para siempre todas aquellas maquinaciones inicuas. Para esto se le proponian varios medios. Unos querian que diese orden á sus nuncios para que recogiesen pruebas auténticas de la recepcion de su bula en todas las iglesias: que mandase despues á los refractarios se sujetasen á una regla de fé recibida por el cuerpo de los Pastores, y que en caso de negarse á ello, ó de recurrir á los esugios acostumbrados, los declarase uno por uno privados de la

comunión católica. Otros le aconsejaron que convocase un concilio general, y citase ante él á los refractarios, los cuales serian tratados como merecian por el cuerpo de los Pastores indignados de su fé púnica y de su tenaz resistencia. Esta idea escitó la del concilio nacional, que se examinó á fondo, y presentó casi las mismas dificultades que el concilio ecuménico. Tratóse tambien de nombrar comisionados para que formasen causa á los refractarios; pero las infinitas formalidades del reino, y las trabas que ponian los parlamentos á la potestad eclesiástica, fueron bastante motivo para que se tuviese este recurso por de tanta lentitud como el concilio, é incomparablemente mas arriesgado. Bastaba la apelacion por razon de abuso, para impedir la providencia mas justa, y los celos de autoridad y jurisdiccion, para que se calificasen de abuso todas las sentencias eclesiásticas, especialmente por un tribunal en que habia muchos individuos que favorecian, á lo menos en secreto, á los nuevos sectarios.

Reducido, pues, á gemir en vista de la herida casi incurable de la iglesia de Francia, quiso á lo menos el romano Pontífice lavar de toda mancha, digámoslo así, á la Iglesia propia de Roma, separando del Sacro Colegio al gefe de los refractarios franceses. Para esto no tenia que lisongear á ningun Parlamento, ni que temer apelacion alguna por razon de abuso, ni que sufrir ningun obstáculo ni lentitud. Todo dependia de su voluntad: sus órdenes serian egecutadas al momento, y se mostró pronto á darlas. Un desgraciado amor propio, un pundonor lastimoso eran el origen de los mayores disturbios de la iglesia de Francia. El libro de Quesnel habia producido y sostenia el incendio; y la aprobacion dada por la imprudencia y defendida por la vanidad del cardenal de Noailles, servia de broquel á este libro incendiario. Con la simple retractacion del cardenal habiera perdido el libro todos sus protectores distinguidos, y quedado con sus defensores oscuros al arbitrio de las dos potestades

que estaban igualmente interesadas en su supresion. Pero ¡cuán difícil es retractarse cuando la vanidad que lo disuade se vale del pretesto del honor! Sin embargo, el amor propio daba á un mismo tiempo dos impulsos contrarios al aprobante obstinado, porque si le parecia vergonzosa la retractacion, no tenia por menos ignominioso el verse despojado de la púrpura. Pero hallándose, por decirlo así, entre la espada y la pared, no veia ningun arbitrio para salir de este conflicto. Ganar tiempo, dar esperanzas, volver á entrar en negociaciones eran ya unos recursos inútiles. Pero se vió muy bien en esta ocasion que rara vez llega á desesperar el que desea con ardor. Discurrió el cardenal, que si volviere á proponerse la negociacion por el príncipe regente, á quien el Papa deseaba complacer, seria tal vez admitida. Fué á ver al príncipe, le aseguró que por último se habia hallado un temperamento á propósito para conciliar los ánimos, que solo se trataba de presentarle en Roma bajo la proteccion de una persona respetable, y le suplicó enviase en su nombre al abate Chevalier, sugeto á quien calificaba de mucha prudencia y sagacidad. El príncipe se prestó á esta nueva tentativa, bien que sin tomar mucho interés en ella.

El cardenal de Bissy, á quien Chevalier, que era uno de sus vicarios generales, se habia hecho sospechoso en materia de doctrina, se creyó obligado á participarlo al príncipe, y le dijo ingenuamente que no aprobaba aquella comision; pero como el regente no quisiese hacer novedad, le suplicó que no llevase á mal que se esplicase en los mismos términos con el Papa. El regente, que no miraba como obra suya la eleccion de Chevalier, dió al cardenal de Bissy toda la libertad necesaria para hablar y escribir acerca de él, segun tuviese por conveniente. En consecuencia el cardenal avisó al Santo Padre, á quien se habia participado tambien que Chevalier llevaba consigo al P. Laboré, uno de los sacerdotes



del Oratorio, y el mas acérrimo en impugnar la constitucion. Asimismo tuvo noticia Su Santidad de que el mediador habia de presentarle una coleccion de las dificultades que se proponian contra la bula, como tambien un cuerpo de doctrina en que se procuraba disminuir la impresion poco favorable que hubieran podido causar estas dificultades, y que por último habia de solicitar una bula que aprobase todos los articulos de dicho cuerpo de doctrina. En sustancia era esto lo mismo que pedirle abrogase la constitucion; pero estaba tan disimulada esta pretension temeraria, ó por mejor decir, estaba enlazada con tanto número de objetos delicados, que se necesitaba gran circunspeccion y mucho tiempo para frustrarla; pero el gastar tiempo era ya mucho ganar para una secta que se hallaba tan apurada como esta.

Ofendido el Papa de que quisiesen burlarse de él y hacerle cómplice de la rebelion contra su propia bula, resolvió descargar todo el peso de su autoridad sobre los autores de aquella maquinacion injuriosa. Dos ó tres dias despues de la llegada del agente del partido, convocó una junta extraordinaria de cardenales, y les habló cerca de tres horas con aquella elocuencia persuasiva, elocucion noble, gracia y dignidad que le grangearon el concepto de ser uno de los mejores oradores de su siglo. Espuso las razones que daban fuerza de ley á su bula, y demostró que era irrefragable su autoridad, así por razon de los principios adoptados en todos tiempos, como por la aceptacion, á lo menos tácita, de todas las naciones católicas. Oponiendo á esto la obstinacion de un corto número de refractarios, hizo ver su mala fé por su propia conducta, por la variacion y contrariedad de sus máximas, por sus falsas promesas y por sus peticiones artificiosas. Aqui trató de las esplicaciones que con tanta obstinacion habian pedido los refractarios, y advirtió que, fundados en sus mismos principios, tampoco se aquietarian con las esplicaciones que les diese de su bula,

porque si se creyesen obligados á admitirlas, con mucha mas razon habrian aceptado la misma bula. Esta reflexion, no menos juiciosa que llena de sagacidad, admiró y convenció plenamente á los cardenales. Por último, dijo el Pontífice que siendo inútiles con los refractarios los medios benignos, iba á usar desde luego de todo su poder para reducir á su gefe en particular; que estaba resuelto á quitarle la púrpura, y que solo pedia consejo para proceder á la ejecucion. Impuso á los cardenales el secreto del Santo Oficio; les encargó que le enviasen su dictámen dentro de quince dias, y sin mas detencion se levantó de su trono para retirarse.

Sin embargo, el cardenal de la Tremouille, que era el embajador de Francia, se acercó á Su Santidad y le pidió permiso para esplicarse con los cardenales sobre lo que acababa de proponerles. Sabia que el Santo Padre no habia de dar audiencia á Chevalier, y deseaba que á lo menos le oyesen los cardenales. Habiendo obtenido el permiso del Pontífice, fué á verse con los cardenales y les dijo que no creia estuviesen en disposicion de votar sobre la causa del cardenal de Noailles sin oír antes á su diputado, y les suplicó que no procediesen á dar su voto antes que él espusiese las razones que tuviera que alegar. Consintieron todos en ello con la anuencia del Papa, la que obtuvo tambien el cardenal de la Tremouille.

Hablando Chevalier con los cardenales, á todos los cuales visitó, tomó sobre sí las dificultades que en nombre de sus principales tenia encargo de presentar contra la bula, y las propuso como si fuesen suyas propias. Siempre les habló del soñado sentido ortodoxo de las ciento y una proposiciones que procuró justificar, pretendiendo que no habia ninguna que mereciese la condenacion. Esta conducta no podia menos de disgustar al Sacro Colegio. Sin embargo, el cardenal de la Tremouille, que sin duda ignoraba estas disposiciones, hacia todos los esfuerzos posibles para que el Papa oyese, á

lo menos una vez, á Chevalier. El Santo Padre se mantuvo inexorable en este punto. Pero como convenia penetrar á fondo aquel misterio, dió comision, para que le oyesen en su nombre, á los cardenales Ferrari y Tolomei, quienes despues debian de darle cuenta de lo que hubiesen oido. Estas conferencias fueron largas y frecuentes, sin adelantar nada ni poder fundar ninguna esperanza de que tuviesen buen éxito.

En este intermedio murió el cardenal Ferrari, y no quiso el Papa que Tolomei volviese á ver al comisionado, porque sabia ya todo lo que habia pretendido descubrir. Los dos cardenales le habian informado de que todas las conversaciones y la conducta de Chevalier estaban respirando artificio y doblez; que no cesaba de insistir en la aceptacion relativa; que habia agotado toda su erudicion en justificar una por una todas las proposiciones condenadas por la bula; en una palabra, que parecia haber ido á Roma con el único objeto de fulminar contra la bula tantas censuras, cuantas eran las que fulminaba la bula contra las ciento y una proposiciones. Por otra parte, sabia el Papa que Chevalier tenia todos los dias sus conventículos con los emisarios, de que siempre estuvo provisto en Roma el partido, y que atribuia á uno de los cardenales comisionados ciertas opiniones y máximas capaces de deshonrarle. Lo que no tiene duda es que se habia atrevido á decir, y aún á escribir á Paris, que el cardenal Tolomei miraba la bula como una cosa que nada tenia que ver con la fé, y como una obra de pura disciplina, variable segun los diversos tiempos y circunstancias, por consiguiente como revocable, y con mucha mas razon como reformable (1). Lejos de dar crédito el Papa á esta impostura, hizo que hablasen y habló él mismo á Tolomei, sobre el asunto, para confundir mas y mas á su autor.

(1) *Hist. de la Const.*, l. 3, p. 280, 281 y siguientes, edic. de 1820.

No es posible ponderar el asombro que causó al cardenal esta noticia. Respondió con la sencillez propia de la buena conciencia, que jamás habia dicho ni pensado semejante cosa; y añadió que no comprendia cómo el mismo Chevalier podia tener por obra de disciplina, y no esencialmente dogmática, una bula que contenia calificaciones de heregía.

El Papa, que seguia paso á paso á este peligroso mediador, halló un medio para descubrir todo lo que ocultaba en su corazon. Dejó creer por algun tiempo que la aceptacion de la Asamblea de 1714 habia sido relativa á su Instruccion pastoral. Despues mandó preguntar á Chevalier si aceptaria el cardenal de Noailles, en caso de que se le permitiese hacerlo *relativamente*. Chevalier, que ya se creia triunfante, respondió sin detenerse del modo mas afirmativo, añadiendo que nunca habia solicitado otra cosa. Dada y bien confirmada esta palabra, se le dijo que, pues la aceptacion del clero de Francia habia sido relativa, y Noailles no pretendia mas que aceptar relativamente, convenia que aceptase como aquella Asamblea. Cogido en sus propios lazos, quedó avergonzado, tartamudeó algunas palabras, quiso esplicarse y no pudo; pero bastante decia su mismo silencio. Habia creído verse autorizado para aceptar con una relacion restrictiva y condicional, y como en la aceptacion de la Asamblea no habia condicion ni restriccion alguna, tuvo que desistir de su empresa con suma confusion é ignominia.

El vigilante Pontífice quiso tambien instruirse á fondo de lo que se trataba en las frecuentes conversaciones que este negociador y su sócio Laborde tenian todos los dias con los procuradores generales de los fuldenses, de los benedictinos, de las misiones extranjeras, algunos dominicos y Maigrot, obispo de Conon, tan celoso en otro tiempo por la ejecucion de los decretos pontificios en China (1). Su cen-

(1) *Hist. de la Const.*, p. 284 y 285.



o de reunión en la Trinidad del Monte, en el jardín de los mínimos franceses. Clemente envió allá personas de confianza para que observasen su conducta y tomasen conocimiento de sus conversaciones; y supo que hablaban de la bula como pudiera hacerse en Utrecht ó en Ginebra. En vista de esto publicó un decreto el tribunal de la Inquisición, mandando que se delatase á cuantos se oyese hablar mal de la bula. El temor del Santo Oficio dispó las juntas; y entonces conoció plenamente el cardenal de la Tremouille al sugeto á quien en cierto modo habia dispensado su proteccion, y dió al Santo Padre una razon exacta de lo que habia podido descubrir acerca de las instrucciones dadas á Chevalier. Asi concluyó la negociacion.

Los cardenales habian remitido al Papa sus votos con respecto á la suerte del cardenal de Noailles. Todos, sin escepcion, eran de parecer que se le quitase el capelo; pero la mayor parte de ellos suplicaban á Su Santidad que les concediese algun tiempo para ver si podian conseguir que aquel prelado se redujese á la obediencia. Por otra parte, los refractarios de Francia, hallándose muy consternados, fingieron que querian someterse, y dijeron por último que estaban resueltos á aceptar la bula. Lo único que pedian era que se les permitiese insertar en sus edictos algunos puntos de doctrina, ofreciendo sujetarlos al exámen del Papa. El Pontífice, á quienes tantas veces se habia engañado, tuvo ya por perdidas todas las esperanzas; pero el regente y muchos prelados aceptantes querian probar todos los medios posibles de dar fin á los disturbios sin estrépito. Con este incidente volvieron á empezar las negociaciones y las conferencias; y no faltó mucho para que el clero celebrase una asamblea solemne á fin de explicar la bula á los refractarios; lo cual hubiera sido lo mismo que confesar que era oscura, y que su resistencia era legítima. En estas circunstancias recibió el Papa copia de una carta dirigida por

el cardenal de Noailles á los ministros del Parlamento de Douai, que acababa de mandar recoger unas conclusiones en que se justificaba la censura de las ciento y una proposiciones. Daba gracias á aquellos magistrados, y les felicitaba de que hubiesen cumplido tan dignamente con su ministerio. Al mismo tiempo se decia á Su Santidad que los enemigos de la bula maquinaban muchísimo para la próxima Asamblea.

A fin de que los obispos aceptantes se guardasen de admitir el proyecto de explicar la bula, les dirigió el Santo Padre un breve circular. En él se daba á entender cuán peligrosas eran semejantes esplicaciones, y manifestaba la irrevocable resolucion que habia tomado de no darlas jamás. Decia esto «para que comprendiesen los obispos que tampoco debian darlas ellos.» Tambien se mostraba resuelto á proceder con todo el rigor de los cánones, si los medios suaves que iban á adoptarse no producian efecto prontamente. Como se hubiese traslucido en Francia la llegada de estos breves, algunos parlamentos mandaron desde luego que no se admitiese ningun rescripto de Roma sin que hubiese obtenido antes el Real beneplácito. Asimismo prohibió el regente á todos los obispos del reino que aceptasen el breve que se les habia de dirigir. Pero el nuncio habia esparcido ya muchos ejemplares de él; y habiendo oído los prelados la voz del Gefe de la Iglesia, no esperaron la voz de las potestades del siglo para mostrarse dóciles á ella. Por otra parte, temiendo el regente indisponer demasiado al Papa, y compensando con ventajas el disgusto que acababa de darle, disolvió la asamblea que causaba grandes cuidados al perspicaz Pontífice. Asi logró Clemente su fin por los mismos medios que al parecer habian de frustrarle; pero ya que tuvo el consuelo de defender y asegurar la verdad, no tuvo el de que la abrazasen sus obstinados enemigos. Tampoco pudo abrir los ojos, e orden á esta obstinacion desesperada, á algu-

nos ortodoxos de una condescendencia y longanimidad que serian increíbles, si no se supiese cuán hábiles son en disfrazarse la política y los respetos humanos. En fin, se tuvieron nuevas conferencias en que se volvió á repetir la promesa de que quedarian reducidos los refractarios.

El partido habia ganado tiempo, y le habia aprovechado perfectamente. Sus secuaces eran muchos mas, y sus dogmas y libelos habian penetrado en todas partes. Las universidades, ó á lo menos las facultades de teología de Reims y de Nantes, á imitacion de la de Paris, anularon su decreto de aceptacion. Los doctores de Caen estaban dispuestos á cantar la misma palinodia, y lo hicieron despues. Los obispos refractarios habian atraído á su partido una porcion de párrocos, canónigos, frailes, monjas y hospitalarios. Las providencias rigurosas con que tantas veces se habia amenazado, sin llegar nunca á realizarlas, convirtieron el temor en seguridad. En una palabra, creyó el partido que se hallaba en estado de intimidar, ó si no quiso mas que asombrar y desconcertar por algun tiempo, se valió ciertamente de los medios mas á propósito para producir este efecto. Atentado inaudito entre unos prelados que pretendian estar unidos en comunión con la Iglesia católica romana! Cuatro obispos á un mismo tiempo, á saber, el de Boloña, el de Montpellier, el de Mirepoix y el de Senez, apelaron de una decision dogmática emanada de la Santa Sede, y recibida ya formalmente por la mayor parte de las iglesias. Hasta entonces limitándose los prelados refractarios á pedir la esplicacion de la bula, como de un escrito oscuro, no se habian atrevido á decir que era mala en sí misma; mas ahora, para fundar su apelacion, alegaron que trastornaba la fé, que destruía lo moral, que arruinaba la disciplina, que violaba los derechos sagrados del episcopado y echaba por tierra la autoridad de los soberanos. Sin embargo, toda esta bulla de 1.º de marzo de 1717, lejos de poner fin

al fraude, no hizo mas que aumentar el furor y hacer mas ruidoso el escándalo. Pero interrumpamos esta larga série de iniquidades, con algunos rasgos de la virtud maravillosa que en el año anterior (1716) y en la misma nacion hizo colocar en el número de los bienaventurados al Apóstol de los pobres, Juan Francisco Regis.

Evangelizar á los pobres, ó á lo menos consagrarse con preferencia á este ministerio, es una maravilla que el Hijo de Dios igualaba á la curacion de los ciegos de nacimiento y á la resurreccion de los muertos, dándola por prueba de su divina mision. «Id (dijo á los discípulos de San Juan Bautista, enviados para saber si era el Mesías), id, y contad segun lo que habeis visto y oído, que los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los leprosos están limpios, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados (1).» Para hacerse cargo del carácter del Apóstol de los pobres, basta presentar algunos rasgos de la humildad sincera y como natural que acompañaba á todos los ejercicios de su caridad. Habiendo entrado en la Compañía de Jesus, á donde le llamó su aficion al apostolado, se advirtió que desde que empezó á tener discípulos mostraba una predileccion particular á los que eran pobres (2). A pesar de que estaba dedicado al adelantamiento de unos y otros, asi en la ciencia de la salvacion como en las letras humanas, no siendo suficiente este campo para su celo, iba los domingos y demas dias de fiesta á instruir á los pobres habitantes del campo. Apenas se ordenó de sacerdote en Tolosa, donde la peste que se habia declarado en 1630 hacia grandes estragos, instó fuertemente á sus superiores para obtener el permiso de consagrarse á la asistencia de los pobres apesetados. Resistiéndose ellos á concederle esta gracia porque se hallaba en la flor de su edad

(1) Luc. VII, 22.

(2) Vida del B. J. F. Reg. Edic. de Par. 1716.



y podía ser útil por espacio de muchos años asi á la Compañía como al público, les hizo presente que esas consideraciones podian valer con respecto á los súbditos que servian de algo; pero que él para nada era á propósito; que podian esponerle sin ningun temor, y que asi quedaria libre la Compañía de un peso inútil. Hizo tantas instancias, que al cabo consiguió lo que pedia, y dió la preferencia á los enfermos mas abandonados.

El año siguiente su familia, que era muy distinguida, obtuvo del general de la Compañía una orden que obligaba á Regis á ir á Foncubierta, lugar de su nacimiento en la diócesis de Narbona, para arreglar algunos asuntos que exigian su presencia. Sintió mucho verse precisado á volver á poner los pies en el siglo, pues se habia impuesto la ley de olvidar para siempre sus vanas distinciones; pero como los Santos saben referirlo todo al aumento de su santidad, este viage, que para otros muchos hubiera sido un recreo, fué para él un ejercicio de mortificacion, de humildad y de caridad apostólica. Le hizo á pie, pidió limosna en los lugares por donde pasaba, y todo el tiempo que se detuvo fué una continua mision. Luego que llegó á Foncubierta, fué su primer cuidado visitar á los pobres enfermos, y empleó del modo siguiente todo el tiempo que permaneció allí.

Muy de mañana predicaba á la gente del pueblo, y esplicaba la doctrina cristiana á los niños: despues de lo cual oia las confesiones de todos los que se presentaban, dando la preferencia á los pobres trabajadores y á los criados. Al anochececer volvia á predicar. Lo restante del dia lo empleaba en visitar á los pobres, en recoger las limosnas de los ricos y en distribuir las á las familias necesitadas. Su ocupacion mas deliciosa era consolar á los pobres enfermos, á los cuales servia en los ministerios mas humildes, y al mismo tiempo los preparaba á una muerte cristiana. Muchas veces pasaba toda la noche á su lado.

Cuando andaba por el pueblo, iba siempre rodeado de pobres y niños, á quienes miraba con complacencia y hablaba con afabilidad. Sus hermanos que, como hemos dicho eran de familia ilustre, y miraban su conducta con los ojos de la carne, juzgaron que les era injuriosa, y le manifestaron el disgusto que les causaba. Le hicieron presente que era necesario respetar las leyes de la sociedad acerca de lo que está bien ó mal á las diferentes clases del Estado; que si queria ejercitar su celo, allí tenia hospital y cárcel, donde podria hacerlo con decencia, y que el caudal de ellos estaria siempre á su disposicion para socorrer á los infelices; pero que no anduviese de calle en calle, ni mendigase de puerta en puerta rodeado siempre de una caterva de pordioseros y de niños. El santo respondió con serenidad: que considerando en los pobres los miembros de Jesucristo, tenia á mucha honra el verse en medio de ellos, y aliviarlos á espensas de la gloria quimérica del siglo. Por entonces impuso silencio á sus parientes esta respuesta.

Poco despues pasó Regis por medio de la plaza cargado con un jergon que llevaba á un pobre enfermo, el cual dormia en el duro suelo. Estaban á la sazón en la plaza algunos soldados del regimiento que se hallaba acuartelado en Foncubierta; los cuales se burlaron del santo con mucha grosería, y le siguieron bastante trecho silvándole ó injuriándole con palabras menos decentes. Noticioso de esto sus hermanos, se irritaron contra él mas que nunca, y le dijeron con sequedad que se acordase de que habia nacido noble, y que se portase con mas decencia, al menos por consideracion á los que no miraban con indiferencia el lustre de su cuna. Respondió con afabilidad, que les estaba muy agradecido por el interés que tomaban en todo lo concerniente á su persona; pero que le era imposible ver necesidades estremas y dejar de socorrerlas con prontitud. «Enhorabuena (replicaron los hermanos), socorre á

los infelices, nosotros lo aplaudiremos siempre; pero procede con decoro, observa la decencia que exige tu estado, y no des que reir al público llevando jergones acuestas por esas calles.» Varios amigos que se hallaban presentes, añadieron que tenian razon sus hermanos, que él hacia mal en humillar asi una casa como la suya, y su modo de proceder era tan injurioso á su ministerio como á su nacimiento. Regis, que se tenia por muy dichoso cuando la práctica de las obras de misericordia le proporcionaba alguna humillacion, oyó sin alterarse todo lo que le dijeron, y respondió despues con energía, que por medio de las humillaciones habian establecido los Apóstoles la Iglesia, y que imitándoles los ministros del Evangelio, no podian deshonorar su carácter: que con tal que no se ofendiese á Dios, poco le importaban los juicios humanos; y por último, que las máximas del mundo no serian jamás la regla de su conducta. En vista de una declaracion tan firme, no volvieron á importarle, y los frutos de sus humillados trabajos le justificaron admirablemente aun con aquellos mismos de quienes habia sufrido tantas contradicciones. Todos miraron como un prodigio que en el espacio de algunas semanas hubiese mudado enteramente las costumbres de todo aquel pais, haciendo florecer las virtudes mas perfectas del Evangelio, donde antes reinaban los vicios mas contrarios á la santidad y pureza del cristianismo: tales fueron los principios de su apostolado!

En consecuencia de este feliz ensayo, los superiores de Regis le dedicaron enteramente al ejercicio de las misiones, ya dentro de las ciudades, y ya en las campiñas; pero siempre fiel á su inclinacion particular, solo trabajaba en las ciudades lo que duraba el verano; y luego que la estacion permitia á las gentes del campo oír sus instrucciones, acudia volando á ellas, como que siempre tuvieron el primer lugar en su corazon. Aun en las ciudades, sin embargo de que á nadie se negaba, atendia

con preferencia á la salvacion de los pobres; siempre estaba su confesonario rodeado de ellos, les hablaba con cariño y les inspiraba confianza. «A las personas distinguidas (decia) no les faltarán confesores: á mí me corresponden propiamente los pobres.» Acabados los ejercicios del púlpito y del confesonario, que apenas le dejaban tiempo para tomar un poco de pan y alguna fruta, iba á visitar los hospitales, las cárceles y todos los rincones en que tenia noticia de que habia algunos pobres enfermos, y les llevaba las limosnas que recogia de puerta en puerta todos los sábados y las vísperas de los demas dias festivos. En varias ciudades, y especialmente en Montpellier, se le volvió á ver por las calles cargado con jergones ó con haces de paja para que durmiesen sus pobres enfermos.

Luego que llegó el invierno, dió principio á las misiones campestres en las hermosas campiñas de Lavonage, distantes algunas leguas de Montpellier. Pero aquel delicioso pais no podia agradar á un apóstol que siempre suspiró por la cruz y por la privacion de todos los deleites mundanos. Sin embargo, tuvo allí mucho que padecer y trabajar para reformar las costumbres que estaban enteramente pervertidas, á causa del trato con los hugonotes. Pero las provincias de Vivarés y Velay, donde evangelizó los siete ó ocho últimos años de su vida, le presentaron un campo acomodado al carácter de su celo. Están aquellos paises erizados de selvas incultas, llenos de montes que ocultan sus cimas en las nubes y de precipicios que causan horror. Hay terrenos tan ásperos y escabrosos, que solo parecen á propósito para que habiten en ellos las fieras. La heregía de Calvino, confinada en aquel pais horroroso, se habia hecho como inaccesible, y sostenida por la cercanía del territorio de Gévenes, habia establecido allí su imperio y la mas cruel tiranía. Los conventos fueron quemados ó demolidos, los frailes y los párrocos degollados en los altares, las iglesias destruí-